

RAFAEL RAMÍREZ ESCOTO

TROFEO

(2001)

Acarició, una vez más, el juego de llaves del apartamento. Lo retuvo un rato en la mano derecha, lo manoseó y volvió a guardarlo dentro del bolsillo del pantalón. En paralelo, su pensamiento manoseaba el gran momento que había previsto para la noche de ese día, dentro del apartamento de lujo, oculto a las miradas indiscretas. Con sólo imaginarlo le fallaban las piernas y un estremecimiento de placer le derretía por dentro. No podía quedarse solo hasta que llegara el gran momento; dudaba de sí mismo, se preguntaba si fallaría cuando el reloj marcara el minuto crucial. El autobús paró delante del hospital universitario. Una ocurrencia macabra le hizo sonreír para sus adentros. El servicio de urgencia tendría que estar muy ocupado esa noche atendiendo numerosas intoxicaciones etílicas.

Se apeó del autobús y se encaminó hacia una callejuela fantasmal y retorcida que cortaba la Avenida de Marconi. Embutido entre la portezuela de hierro negro de un quiosco y el escaparate anémico de una mercería, destacaba, gracias al enorme letrero de tipografía grosera, el asador de pollos de Hinojosa. A las tres de la tarde de ese sábado de agosto, Hinojosa se las deseaba para ser más rápido y hábil trinchando y troceando los pollos. Moi Roncero, anclado en la puerta del negocio, contó, al menos, media docena de turistas de pálida piel enrojecida, veraneantes ansiosos por devorar el succulento pollo al ajillo del celebrado asador de Hinojosa. Roncero tuvo que esperar a que salieran dos larguiruchas con gafas enormes y pinta de excursionistas insatisfechas para poder entrar en el pequeño local. Hinojosa, sudoroso bajo su camiseta blanca, al percatarse de la presencia de su amigo Moi, levantó la mirada del trozo de pechuga que estaba recortando con las tijeras y le hizo una mueca con las cejas para que entrara en la trastienda. Al pasar junto a los asadores, donde los pollos giraban ensartados en su chorreante carrusel, Roncero sintió el fuego del infierno quemándole las entrañas.

La trastienda era una habitación un poco menos estrecha que el despacho del asador. Un ventilador de aspas grasientas giraba agónico, a trompicones, como si fuera el esqueleto de un pollo electrocutado. Del techo bajaba la luz que proyectaba un mustio y desnudo tubo fluorescente. Cogió un taburete playero de plástico blanco y se sentó delante de la mesa playera de plástico blanco, aunque el color blanco, allí dentro, en realidad, no existía; lo blanco era un tono pringoso y amarillento; todo en ese cuartucho perduraba teñido con el triste matiz terroso de una vieja película muda.

Doblado sobre una silla había un ejemplar del *Diario*. Lo abrió por las páginas de información deportiva. La foto del sonriente Servando le golpeó en los ojos. Servando: veintitrés años, delantero, zurdo, goleador nato, internacional, que empezó jugando en el mismo equipo infantil que Roncero, sensación a los dieciséis años en el Cádiz, breve estancia en un pueblecito de Málaga, dos años después a Valencia y, luego, al Real Madrid. Una nube de cifras astronómicas aureola su cabeza melenuda. El Inter de Milán luchó a brazo partido contra las astucias del Barça. Al final, la joya del fútbol español voló para Italia. Los de las Brigadas Amarillas sacan su foto todos los domingos en el campo, si fuera un santo le rezarían para que el Cádiz gane en casa.

Pero Roncero jugaba al fútbol mucho mejor que Servando, con una diferencia como de la noche al día. Se lo acaba de decir Hinojosa que, por fin, ha terminado de vender pollos, ha echado el cierre a la puerta y ha visto a su amigo cabizbajo leyendo el texto que acompaña a la foto. Moi Roncero era el que tendría que haber sido fichado, hace años, por un buen equipo, el que tendría que haber jugado de punta contra el Sevilla, esa noche, en la final del Trofeo Carranza, si no hubiese sido por la lesión. Hinojosa le ha recordado el golazo fantástico que le metió aquella tarde memorable al Xerez Deportivo. Y Moi Roncero también lo ha recordado. Y se ha visto en el césped, abrazado a Servando, ambos hermanados con la camiseta amarilla del Cádiz, celebrando el gol. Cuando Roncero, después de un tratamiento largo, complejo y doloroso, se recuperó de la fractura, Servando ya deslumbraba, a propios y extraños, con sus proezas vistiendo los colores del Madrid. Los médicos fueron claros: nada volvería a ser como antes. A veces le dolía el hueso de la cadera y los clavos le punzaban con abrasivo rencor, sobre todo, los días húmedos en que soplaba sur o poniente largo. Sin embargo, prefería aguantar el dolor, gozarlo, antes que tomar siquiera un analgésico. Con el tiempo aquellos suplicios cedieron su terreno a un inmenso calvario alzado con crueles cruces en el centro de su espíritu.

Roncero cerró el periódico. Hinojosa tendió un mantel de papel sobre la mesa, sacó del refrigerador dos litronas y se las dio a su compañero para que las fuera abriendo, mientras él salía al despacho, a trocear dos pollos y a chorrearlos con mucha salsa de ajo. De vuelta, con las bandejas de aluminio humeantes en las manos, Hinojosa le preguntó a Roncero qué tal le había ido la semana en el taller. Moi Roncero fue breve en su respuesta y se limitó a soltar un lánguido "bien",

mientras apuraba, de un solo trago, medio tubo de cerveza. Después de la lesión, obligado a dejar el fútbol para siempre, sin haber terminado los primeros cursos de Formación Profesional, a Moi Roncero no le quedó otro camino, - un camino que detestaba desde el fondo de su alma -, que el de trabajar como mecánico en el taller de reparaciones de un conocido de su padre. El fútbol siempre fue el gran sueño: el globo dorado que volaba en su cielo de arco iris y que lo iba a sacar flotando del infierno de los coches averiados, de las carrocerías abolladas, de los neumáticos hechos trizas, de la grasa perenne en las manos. Los sueños de aquel muchacho de veinte años quedaron hechos trizas, abollados y averiados para siempre cuando el médico le dijo: "Lo siento mucho, pero nada volverá a ser como antes". Recuerda a menudo esas palabras, recuerda el rostro severo del doctor, la luz reptando como caimanes turbios por las salas frías del hospital, el estallido de dinamita que le reventó el caparazón del pecho.

Empezaron a comer con avidez, sin cubiertos. El aceite embadurnaba las manos de ambos y un hilillo espeso les llegaba, incluso, hasta los codos. Les gustaba devorar el pollo como ellos suponían que comían faisán los grandes guerreros medievales. Pronto terminaron las dos litronas, pero Hinojosa fue rápido en acudir de nuevo al refrigerador a por otras dos. Y, poco después, a por otro pollo, del que terminaron arrancándole, a mordiscos, los tendones y rebañando, con los incisivos, los intersticios óseos para extraer de ellos las más recónditas hebras de carne.

Ahíto y algo mareados por la espumosa cerveza, se tuvieron que aflojar los cinturones de los pantalones. Hinojosa se retrepó en su silla playera y encendió un cigarrillo. Dio una calada honda. Sonrió a su amigo. Aún quedaba por venir lo mejor. Le explicó con detalle los planes para esa tarde y, por supuesto, para la noche: cuando salieran del asador se irían al hotel donde se hospedaba Servando. Hinojosa conocía esa información secretísima de buena fuente: una hermana suya, que trabajaba de camarera en ese hotel, le reveló hasta el número de la habitación. Dirían que eran amigos de la infancia, que estudiaron juntos y que Roncero había sido también jugador, del Cádiz, uno de los mejores. El propio Servando los haría pasar a su habitación y les presentaría a toda la plantilla del Inter, ni más ni menos. Hinojosa se frotaba las manos, que todavía le olían a pollo. Después de tomarse unos cubatas con Servando, Hinojosa se tendría que ir con la furgoneta a Puerto Real, a una nave industrial, a por los catorce quilos de carne que habían comprado para la

barbacoa de esa noche. Lo más rico del mundo: la carne de ternera asada al carbón. A partir de ese momento, Hinojosa cerró los ojos y se instaló en un trance místico particular.

Roncero tomó el paquete de *L&M lights* que estaba sobre la mesa y encendió un cigarrillo al que iba dando algunas caladas con desgana, mientras dejaba que su amigo siguiera contándole el futuro del placer que les aguardaba. La barbacoa iba a ser lo mejor. Iría un grupo de unos treinta amigotes del barrio. Con la carne beberían sangría. Un tal Salvi, que Roncero no conocía, tenía una fórmula secreta que la hacía insuperable, porque ponía a las tías muy borrachas. Y después seguirían con güisqui y vodka y pelotazo de todo, pero de la bebida ya se encargaba otro. Hinojosa: la comida, que para eso era pollero y conocía a fondo el mercado. Y como remate de fiesta: Yasmina y Patri, dos macizas calientes que el propio Hinojosa había conocido en un bareto de la Punta San Felipe y que las había invitado, personalmente. Ese detalle lo recalcó con sobrado énfasis. Quería dejar bien claro que era una conquista suya y que, por tanto, tenía el privilegio de elegir, en su momento, a la que más le gustara o estuviera más propicia. La otra: para su amigo Moi, el mejor futbolista de todos los tiempos.

En la calle no hacía un calor excesivo, pero la humedad que entraba con las rachas de viento sur ponía la piel pringosa de sudor y salitre. El hotel en el que se alojaban los jugadores del Inter de Milán estaba tomado por un enjambre de chiquillos ansiosos por capturar un autógrafo de sus ídolos, niñas histéricas desesperadas por un beso de los bronceados jugadores y curiosos, en general, que envidiaban la suerte de esos malabaristas de la pelota. Hinojosa trató en vano de abrirse un camino a empujones. La multitud se agitaba enloquecida esperando que aquellos dioses de carne y hueso aparecieran, de un momento a otro, por las puertas de cristales negros del lujoso hotel. El sol del atardecer barnizaba con suntuosos lametones de oro la fachada del elegante edificio. Roncero miraba con desinterés aquella escena. Sabía que los jugadores del Inter pasarían de largo como una exhalación, pero permanecía allí por no contrariar a Hinojosa. De repente, un autobús, inmenso como una locomotora, pintado con llamativas líneas curvas, burbujas y colores tropicales, paró en la zona de carga y descarga reservada para los clientes del hotel. En un suspiro se abrieron las aclamadas puertas del hotel. Un torbellino de guardas de seguridad, supuestamente camuflados con trajes azules, fue

despejando, a veces a puro trompazo y empujón, el camino para los míticos héroes que iban a jugar la final del trofeo, a las diez y media de la noche, contra el Sevilla. Hinojosa se quejó de un codazo que le propinó, sin intención, una chica rubita, en la boca del estómago. No obstante, se olvidó pronto del dolor, en cuanto vio la melena ondulante y sedosa de Servando agitada por el zumbante viento sur. Saltó como un enano en el circo, giró los brazos como aspas de molino, se desgañitó gritando su nombre: "eh, Servando, aquí, el Moi y el Hinojo, eh, Seeeeerrrrvando". Todo fue inútil. Los jugadores, altivos, limpios, trajeados con el elegante y planchado uniforme oficial, calzados con exclusivos mocasines italianos, negros rizos engominados, aros en las orejas, gafas de sol, entraron, uno a uno, en la nave espacial que los llevaría rumbo al paraíso. Un corro de chiquillos corrió tras la estela de humo negro que vomitaba el vehículo. Roncero se volvió hacia su amigo y le comentó que Servando estaría pensando sólo en el partido y que por eso no se había fijado en ellos. Fumaron en silencio, en medio de la muchedumbre que se iba desintegrando como un cuerpo abatido por el disparo del arma de rayos fulminantes de un agresor venido del espacio exterior. Hinojosa le preguntó a Roncero si quería acompañarlo a recoger el cargamento de comida. Éste le respondió que quería ver el partido de consolación entre el Cádiz y el Benfica en la tele, que ya se encontrarían luego, por la noche, en la barbacoa, después de ver, por supuesto, la final entre el Inter y el Sevilla.

Sin embargo, Roncero, cuando se quedó solo, alejado unos metros del hotel, volvió a acariciar con fruición las llaves del apartamento. Le importaba un comino el partido de consolación. El bicho que llevaba metido en la barriga volvió a temblar y a hincarle sus garras, pero esta vez con mayor furia. Echó a andar hacia el Paseo Marítimo, sin prisas, fumando otro cigarrillo, rebañando con la vista los racimos de cuerpos que se extendían a lo largo de la franja arenosa de la playa. Comprobó que algunos sufridos y esforzados bañistas ya estaban construyendo, para la gran fiesta de esa noche, auténticas fortalezas con mesas, neveras, sombrillas, toldos. Algunas comadres de voces destempladas, truculentos cuerpos hundidos en sillas de rayas blancas y azules, cantaban los números de la lotería, reían o graznaban, indistintamente, y asustaban, con gritos torrenciales, a sus cachorritos que se excedían arrojándose arena y piedras. Moi Roncero caminaba, ignorado por el público húmedo y aletargado del atardecer, hacia el apartamento que había podido

alquilar, por puro milagro, para ese fin de semana, a un buen cliente del taller. El alquiler le había costado tres meses de sueldo y un trabajo impecable en el arreglo de la carrocería del *Jaguar* de don Matías, el dueño del apartamento.

Se detuvo delante de la cancela del edificio. Miró despacio, hacia arriba. Aquel cuerpo de hormigón y cristal le pareció un perdido trasatlántico encallado en las costas malditas de un legendario planeta dominado por invencibles fuerzas infernales. Olía a flores de grotescas corolas funerales derretidas en el fulgor del estío, a briznas de césped pisoteado, a cremosas lociones untadas en pieles achicharradas. Empujó la cancela y enfiló el sendero de piedra que conducía hacia la entrada principal. En el camino se cruzó con una pareja joven, posiblemente un matrimonio, que, por el acento, le pareció que venían de Madrid. Ella era rubia, alta, con un pecho abultado y sugerente que destacaba bajo la camiseta. El hombre demostraba resolución en sus movimientos, eficacia en las palabras que le contaba a la chica, elástico y musculoso se agarraba a la cintura de ella, dejando bien claro que nadie podría robársela. Roncero aceleró el paso. Se disponía a abrir la puerta principal, cuando una señora de tosco traje gris, facciones arrugadas, gruesos arcos de cejas y ojos misericordiosos, tiró con viril ímpetu desde dentro. Roncero quedó, bajo el dintel, en un complicado equilibrio, puesto que ya había introducido la llave en la cerradura. Así, con una mano aguantaba la hoja de cristal y hierro labrado, y con la otra hacía un gesto educado con el que indicaba que le cedía el paso. La mujer pasó hierática, sin dirigirle la mirada. Roncero prefirió que lo hubiese ignorado. Cualquier vecino que lo hubiese identificado, hubiese sido una molestia añadida.

El apartamento era una campana de cristal a punto de romperse. Roncero se encerró con llave y marchó directo al armario empotrado del dormitorio. Al fondo, tras un tumulto de mantas despeluzadas, estaba la bolsa de deportes. La palpó por fuera. Allí yacía, dentro de su bolsa, esperando el momento estelar para actuar en el programa de esa noche. Vacío el aire contenido en sus pulmones. Le tranquilizó comprobar que todo seguía igual que cuando lo dejó hace dos días. Se quitó la camisa y se echó sobre la cama de matrimonio. Por los orificios de la persiana penetraba una luz híbrida de plata y somnolencia. Cerró los ojos. Imaginó a la gente corriendo de un lado para otro, masas descontroladas gritando sin saber dónde guarecerse de la lluvia mortífera, cuerpos desangrándose en la arena. Imaginó a Servando cayendo por un colosal túnel perforado en la tierra, cayendo sin cesar por

un tubo de oscuridad y piedra candente, saliendo, por las antípodas, tras un largo descenso agónico, al caos primigenio, donde sería hecho barro comestible por unos monstruos amorfos, señores únicos del negro espacio galáctico. Imaginó que estaba en el campo de juego, recibiendo un pase desde atrás, delante: dos o tres defensas durísimos, mas sus piernas, rápidas y arteras, confunden al portero y destrozan el fondo de la red contraria. Imaginó, de nuevo, la sensación del dedo índice apretando el gatillo aceitoso del Kalashnikov AK-103.

Se incorporó del lecho. Tomó un cigarrillo y salió a la terraza. La panorámica, desde el sexto piso de aquel edificio, era insuperable. Se acodó a la baranda y fumó con deleite. Su vista alcanzaba, por la derecha, hasta el Castillo de San Sebastián y, por la izquierda, se perdía más allá de la playa de Cortadura. El mar, bajo sus pies, se extendía como el marmóreo patio de una basílica cuajado de una miríada de chispeantes lámparas votivas. En ese momento del crepúsculo se creyó con un cuerpo de coloso homérico. La gente en la arena se desplazaba con predecibles trayectorias, o permanecía tumbada sobre toallas y tumbonas, sumidas en un descuidado descanso; más lejos, en el agua, bultos imprecisos nadaban, se hundían, se abrazaban, acababan difuminándose como el destello eléctrico del relámpago que triunfa y muere un instante en el cielo cárdeno de la tormenta. Y con sus ojos de coloso los veía a todos como hormigas despistadas, indefensas ante el pisotón inevitable e inmediato venido desde lo alto, desde las cumbres de la ira.

El partido de consolación entre el Cádiz y el Benfica había comenzado. En el salón había un antiguo televisor. Pulsó el botón de encendido. La pantalla parpadeó con mesmérica fosforescencia. Los muchachos del Cádiz le echaban coraje. Roncero se entretuvo mirando el partido durante unos quince minutos, el tiempo de beberse una lata de cerveza tibia. Miró el partido en la pantalla, pero en realidad, estaba viendo otra cosa, una película llena de secuencias incoherentes que estaban dando dentro de él: trozos de carne enterrados en la arena, herramientas, manos negras, los muros agrietados de una calle solitaria, tornillos, aristas, matrículas, bolas de carne cruda, ojos brotando en silencio por las paredes. Al salir de esa nube mental, se preguntó si no estaba loco. En un programa de la radio, mientras trabajaba en el taller ajustando un motor, comentaron que muchas personas estaban locas sin saberlo. Esquizofrenia: esa era la palabra que emplearon los de la radio con inmensa piedad y ciencia. Qué más daba que estuviera loco. Le apetecía hacerlo. No había

motivos: le apetecía. Se fue corriendo al dormitorio. Abrió el armario, de la bolsa de deportes sacó con sumo cuidado las partes de su AK-103. Le llevó un buen rato ajustar con precisión todas las piezas. Era la tercera o cuarta vez que lo hacía. Nunca antes había usado un arma de fuego, y mucho menos un fusil de asalto como el Kalashnikov. Tomó aire antes de cargarlo con un cartucho.

El Kalashnikov puesto sobre la cama incitaba a cometer heroicas hazañas. Lo tomó entre las manos. Pesaba lo mismo que un recién nacido. Lo acarició, encañonó la lámpara de la mesita de noche. Simuló disparar. La lámpara era la cabeza de Servando. Imitó el supuesto ruido del disparo. La cabeza de Servando estalló en miles de partículas, huesos triturados, grumos de sangre y masa encefálica. ¿Qué le había hecho Servando? Nada, se contestó. Y, sin embargo, le apetecía.

Retiró el cargador y escondió el arma dentro del armario, entre las mantas. Se echó en la cama, bocabajo, encogido en posición fetal. Le volvieron las absurdas imágenes: pozos, gente corriendo, tuercas, cables. Se quedó dormido. En la habitación contigua el locutor comentaba que el gol del Benfica había sido de "bella factura". *Una pieza de bella factura*, escuchó Roncero que decía en su sueño el tipo que le vendió el AK-103, pero en el sueño el arma era una escultura, una mano de hierro apuntando al cielo con el índice. El dedo escupía desafiantes rayos de tormenta.

Se despertó con mal sabor de boca. Al incorporarse del lecho, una bolsa de gas le subió a la garganta, y en el velo del paladar se le quedó impregnado el gusto ácido y espeso de ajillo y aceite quemado. Tenía la cabeza pesada de la bebida. El dormitorio estaba oscuro. Por la puerta se filtraban fulgores malváceos y malévolos que escapaban del televisor encendido en el salón próximo. Se estaba jugando la final entre el Inter de Milán y el Sevilla. "El momento sagrado está próximo", pensó Moi Roncero. Se sorprendió diciéndose cosas tan solemnes. Lo habría oído en alguna película. Tomó otra cerveza y se plantó delante del televisor. Dudó, por un momento, de que el fusil fuera a funcionar. A lo mejor aquel tipo del pañuelo negro en la cabeza le había engañado. El pirata del pañuelo podía haberle vendido un arma inutilizada. Pero el del pañuelo fue claro: "Con esto acabas con todo bicho que se te ponga por delante". Y le explicó lo fácil que era montarla y cargarla y dispararla y limpiarla. "Un juego de niños", le dijo. Roncero se olvidó del arma por unos segundos porque el partido se estaba poniendo al rojo vivo. Servando había robado

la pelota en el medio del campo y ya se había zafado de dos defensas, enfrente tenía a otro jugador contrario y al portero. No estaba en fuera de juego. Era un gol cantado. De repente, Servando frenó en seco, despistando al defensa, que se lanzaba hacia él como un bisonte enfurecido, y al portero, que se agitaba como un mono dentro de una jaula demasiado grande. Luego, picó la pelota que trazó una parábola violentísima y exacta por encima de las cabezas. Del estadio se alzó a los cielos, y subió más allá de la constelación de Orión, un rugido de bestia apocalíptica, cuando el sublime Servando le metió aquel gol al Sevilla. Al menos, eso le pareció a Roncero. De la playa, donde ya ardían las primeras barbacoas de la larga noche, llegó a sus oídos una gigantesca ola preñada de voces y gritos festejando también el tanto. Roncero salió a la terraza.

El viento sur había traído nubes del mar. La atmósfera era pegajosa y opresiva. El olor extendido de carne a la brasa, le asqueaba. El humo insurgente de las fogatas, le escocía en los ojos. Miró hacia abajo. Le pareció que la playa hubiera sido tomada por un batallón de seres cómicos. Le fue imposible calcular cuántos miles de criaturas se habían congregado frente al mar, habían colocado sus mesas, sus tiendas de campaña, sus toldos, sus sombrillas y comían y bebían, desperdigados por toda aquella enorme extensión, impudicamente. Sobre la arena húmeda, había niños que jugaban al fútbol soñando con ser como Servando, algún día, o como otros jugadores de talento, pero no como Moi Roncero. Esos críos ni siquiera habrían oído hablar del él. Supuso. En las turbulentas orillas, jovencitas desvergonzadas se bañaban con lascivos adolescentes. Amparados por la oscuridad, se atreverían a besarse y a magrearse sin medida. En los improvisados comederos, mujeres gordas e insaciables roían los huesos de vaca y hombretones orondos apuraban, uno tras otro, enrojecidos vasos de plástico. A lo lejos, el horizonte era el mismo diablo. El mar, una masa muerta y amorfa que removía sin descanso un espíritu maligno, le poseyó hipnóticamente por un instante. El árbitro pitó el final del partido. El Inter se proclamaba ganador del trofeo. Dentro de poco daría comienzo el espectáculo de fuegos artificiales en el estadio. Así que Roncero fue a por el fusil. Le colocó un cargador y se apostó en la baranda de la terraza. Una vez que se sintió cómodo, en la postura que había aprendido en el manual de caza que se había comprado, recorrió lentamente, escrutando por la mira del fusil, la línea de playa. Quería seleccionar, de entre aquel enjambre de humanos ociosos, a su primera víctima. Pero dejaría que

fuera el propio azar quien decidiera por él. Cerró los ojos y movió el AK-103 a derecha e izquierda, alternativamente, con un suave movimiento de vaivén, sin prisas. Hecha esta operación cuatro o cinco veces, se detuvo. Estaba seguro de que había alguien, en ese justo momento, al que tenía a punto, en el centro de la mira, para dispararle.

Abrió los ojos. En efecto, un hombre con una camiseta blanca, sentado delante de una mesita de merienda, daba cuenta de lo que parecía ser un apetitoso pinchito moruno. La mira se había quedado clavada a la altura del cuello del desconocido comensal. Moi Roncero rozó, con la excitada yema del dedo, el frío gatillo. Le bastaba con ejercer una leve presión. Le picaba la curiosidad por saber si el arma iba a funcionar. Quería deleitarse con aquel momento, igual que aquel gordinflón de la camiseta blanca se deleitaba con los trozos de carne picante. Imaginó la sangre manando a raudales del cuello de aquel desgraciado que ignoraba que estaba siendo apuntado por un potente fusil de asalto. Imaginó el aullido multitudinario que se produciría y las carreras atropelladas. Vio saltando por los aires las parrillas ardientes de las barbacoas, la lluvia precipitada de carbones encendidos, las madres chillando a sus críos, los incontables trozos de cristales de las botellas rotas, los pies rajados; vio las mesas y las sillas, tiradas con las prisas del desconcierto colectivo, obstaculizando el paso de los más viejos; vio la estampida de humanos aterrorizados. Nadie hablaría de Servando al día siguiente.

Sin embargo, Moisés Roncero retiró el dedo del gatillo y bajó el cañón del arma. En el cielo había trazos de colores, ramilletes de luces que se abrían en cascada acompañadas de sordas explosiones. Contempló los fuegos de artificio. Echó mano al paquete de *L&M lights* que tenía en el bolsillo del pantalón. Comprobó con desaliento que no le quedaba tabaco. Necesitaba fumar. La noche iba a ser larga. Tenía munición y tiempo de sobra para matar a todo el mundo. Guardó el AK-103 en el armario. Se puso la camisa y bajó a la calle a por un paquete de cigarrillos. En la calle miró hacia arriba, hacia la terraza del apartamento. Alguien, un tirador experto, podía estar en ese momento apuntándole al corazón.

TROFEO de Rafael Ramírez Escoto se publicó en Cádiz en 2001, en la antología La Ciudad Escrita.

Documento procedente de <http://www.rafaescoto.com>

© Rafael Ramírez Escoto, 2006